

más revistas y escrito libros? Nadie. ¿Cuál colombiano puede superar el prestigio que tiene Arciniegas en el exterior, especialmente en el campo de los temas americanos y el de la libertad? Creemos que ninguno”.



En su último cumpleaños, Germán Arciniegas le dijo al autor de esta biografía: “Tenía yo el deseo de cumplir cien años. No se lo había dicho a nadie porque era demasiado querer. Ya hoy, a dos años de distancia del término fijado, gracias a Dios voy llegando a lo que parecía una vana ilusión. ¿Para qué vivir cien años?”. Borges a lo mismo hubiera respondido con ironía, como tras la muerte de su madre, a los noventa y nueve años de edad: “Admiro su pasión por el sistema decimal”.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## “Un ejercicio lúcido de historia contemporánea”

**Los oficios médicos del sabio. Contribución al estudio del pensamiento higienista de José Celestino Mutis**

Adriana María Alzate Echeverri  
Editorial Universidad de Antioquia,  
Medellín, Colección Clío, 1999, 102  
págs., il.

De la lectura, espero que transforme o que por lo menos inspire en mí un deseo de transformación de mi punto de vista. Cuando esto no

me sucede con un texto, lo olvido fácilmente. No es este el caso con el libro que acabo de leer, pues me ha ayudado a transformar y a criticar mis ideas previas sobre Mutis. También para un eventual lector ignorante de Mutis y de su obra, es un libro muy recomendable, porque sirve a la vez de apertura a los temas mutisianos y de introducción a un tema que la historiografía había apenas tocado: el de Mutis higienista. La autora no lo dice textualmente, pero lo muestra apoyándose en una lectura directa de Mutis y en una lectura indirecta de varios de sus contemporáneos: con Mutis comienzan el saber, los discursos y la práctica de una nueva higiene urbana en Nueva Granada, inspirados en innovaciones científicas, políticas y económicas europeas del siglo XVIII. Esta obra muestra bien el importante papel de divulgador de esas innovaciones desempeñado por Mutis en territorio neogranadino.



El libro se compone de una introducción, seis capítulos y una conclusión. Contiene un índice analítico en el que se encuentran a la vez nombres propios y comunes. Al final, presenta una bibliografía generosa y coherente en la que hay algunas ausencias inexplicables. También contiene algunas imágenes que desempeñan el mismo papel que las “ilustraciones” en la “Ilustración insuficiente” española del siglo XVIII: el de iluminar o “adornar con láminas”, que no son analizadas como fuentes en el tex-

to, y esto es lamentable, porque se trata de iconos bien escogidos y cargados de sentido.

La introducción y el primer capítulo están formados a partir de una investigación bibliográfica no exhaustiva, sin aportes novedosos desde el punto de vista documental o del análisis. En esta parte, la autora resume los lugares comunes de la historiografía sobre el tema de las reformas borbónicas y sus intenciones de orden económico y político en la Nueva Granada, y hace un resumen de la vida de Mutis, en el que repite los datos ya conocidos. Tal vez esta repetición se deba a que se trata de un personaje muy estudiado, en el mundo hispanoamericano, por la historiografía de las ciencias y por la de las ideas. En esta misma parte, señalo un gran olvido por parte de la autora, y es el estudio de Elisa Mújica *La Expedición Botánica contada a los niños*, una biografía intelectual de la Real Expedición Botánica relacionada con la vida y oficios

de Mutis, que presenta estos acontecimientos escapando a los clichés acumulados en los siglos XIX y XX por la práctica tradicional de la historia patria.

Un detalle didáctico sin importancia aparente es que varias de las obras citadas en francés existen en español desde hace años. Pienso que, de acuerdo con una actitud honesta hacia el lector, un investigador debe contar con el estado del saber en su propia lengua, antes de aventurarse a citar en otros idiomas. Por el contrario, una gran ventaja del sistema



de referencias bibliográficas utilizado en las notas de pie de página es que las citas provenientes de obras publicadas en otras lenguas fueron traducidas, dando al trabajo los méritos de practicar la difusión del saber en español y de escapar a la práctica pedante de dejar las citas de fuentes secundarias en su lengua original.



El segundo capítulo sitúa el saber higienista mutisiano en el neohipocratismo que dominó a todo lo largo del siglo XVIII la explicación de las causas de las epidemias, pero desde esta parte del libro comienza a vislumbrarse una tergiversación cuyos estragos se verán en los capítulos tres y cuatro: la de confundir las teorías contagionistas (marginales) con las teorías aeristas neohipocráticas (dominantes) (véanse, por ejemplo, págs. 9, 18, 29). Es la autora la que habla de “contagio”; en cambio, en el lenguaje mutisiano de las epidemias se habla de “infección”, “miasma”, “exhalaciones pútridas”. En la página 29, por ejemplo, se le atribuye irresponsablemente a Mutis una creencia en una teoría sobre animálculos del agua como causa de contagio, siendo fácil mostrar que no hay huella alguna de la teoría del *contagium vivum* en los escritos de Mutis. Además, las dos doctrinas explicativas de las causas de las epidemias (la contagionista y la infeccionista) no se confundían aún en la medicina de la época de Mutis. La mezcla de las dos se produjo después, cuando se intentó explicar la alarmante expansión del cólera en Europa a partir de 1831.

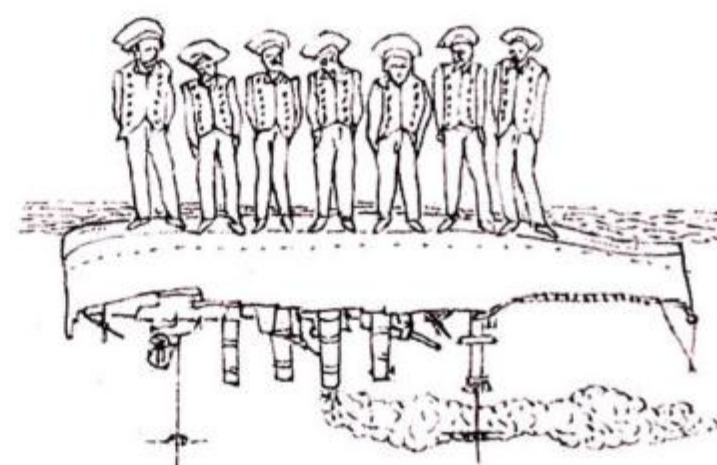
Otro anacronismo digno de comentar es el que aparece en la página 14: “La reiterada alusión a la humedad y al calor es significativa, pues ella revela, ya en ciernes, dos de los

elementos típicos de la llamada medicina tropical”. No hay solamente anacronía sino exageración, pues ¿cómo pretender la existencia de la “medicina tropical” en el siglo XVIII; es decir, mucho antes del advenimiento de la biología, de la biogeografía de las plantas, de la entomología médica, de la microbiología, del estudio ecológico de las relaciones huésped-anfitrión en las relaciones de parasitosis? Cabe preguntarse cuáles son esos otros “elementos típicos” de la medicina tropical en la representación que de ella se hace la autora, pues en las páginas 14 y 15, por ejemplo, se ve que la doctrina de Mutis acerca de las fiebres está inspirada en la lectura de Sydenham, el autor neohipocrático más leído en la época, neohipocratismo opuesto punto por punto a una etiología basada en la medicina tropical.

A las dos anotaciones precedentes se añade la ausencia del tema de las nosologías médicas que permite ver la distancia de la autora respecto a la historia epistemológica de las ciencias (particularmente la de la medicina), disciplina que tal vez le hubiera inspirado una lectura más completa y coherente de la obra científica de Mutis. En este sentido, no se halla en el libro ninguna pregunta por la ciencia de la clasificación del viviente aplicada a las enfermedades, la nosología, no obstante ser estudiada actualmente como uno de los objetos problemáticos de ese momento histórico, del que fue testigo Mutis, el del nacimiento de la medicina moderna. Pero si la nosología mutisiana no es estudiada, en su defecto hallamos una afirmación desafortunada: “En aquella época la clasificación científica de las enfermedades no estaba aún bien desarrollada” (pág. 24). Esto no resuelve la pregunta por el saber nosológico de Mutis ni el problema de la historia de las nosologías médicas, pues enunciados como éste despachan de manera cómoda un problema histórico descalificándolo: el hecho de que las nosologías actuales no se parezcan a las del siglo XVIII no quiere decir que éstas últimas no

sean científicas o que no lo hayan sido en su momento. Al ignorar discusiones de la historia epistemológica de las ciencias se cae fácilmente en estas recurrencias forzadas, anacrónicas, que juzgan el pasado por el presente. En este caso, el filtro de lo que se cree el presente del saber de la nosología impide la comprensión de su pasado.

En los capítulos dos y tres se ve la dificultad de la autora para establecer relaciones entre la parte científica y la parte política de los discursos higienistas de Mutis, pero esta dificultad fue superada en el capítulo final sobre la población. Esto muestra una falta de coherencia en la elaboración del conjunto, pero no les resta méritos a hallazgos novedosos que aparecen expuestos al final del libro.



Esta falta de coherencia entre las diversas partes es visible en las diferencias entre el tratamiento dado a los temas de la Ilustración y de las reformas borbónicas (pág. IX) y el que se le dio al final del texto al tema de la “población”<sup>1</sup>. No queda claro en el texto de A. Alzate cuál sea el nexo entre las reformas borbónicas y el movimiento científico, literario, filosófico, político llamado Ilustración, pues no se pregunta por el impacto de la ciencia y de la filosofía de la época en las reformas borbónicas, ni por el significado de la Ilustración en Mutis. Este problema es un problema filosófico a priori. ¿Alcanza la Ilustración esta dimensión en el naturalista gaditano? Sospecho que sólo la dimensión didáctica, distante del concepto filosófico, está presente en Mutis, o sea una Ilustración como difusión de ideas y de conocimientos, como formación y educación, dos de las labores que él



mismo se impuso desde su llegada a Nueva Granada. Su concepción de la Ilustración pertenece, pues, al mismo registro de la Ilustración española, que oculta lo que este concepto significó como figura del pensamiento en Europa. Queda pendiente el problema de la significación de Ilustración, razón y ciencia en Mutis. Para él, el asumir íntegramente las implicaciones filosóficas de la *Aufklärung*, como actividad constituyente del pensamiento fundada en la crítica filosófica y en la razón científica y subyacente a la moderna civilización<sup>2</sup>, habría provocado trágicos combates entre su doctrina providencialista, su hipocratismo y sus prácticas científica y burocrática. Le convino, pues, una "Ilustración insuficiente" como la descrita por Eduardo Subirats.



Varios pasajes del texto de A. Alzate muestran que la autora tuvo en cuenta la complejidad de relaciones entre filosofía, ciencia médica y gobierno de la población, lo que es sobre todo legible en el último capítulo. Pero esta lucidez no dio como para problematizar los temas de la Ilustración y de las reformas borbónicas. Pues si este movimiento se entiende como el surgimiento de nuevas tecnologías de gobierno, se ve que corresponde a una nueva concepción de lo político y a una nueva relación Estado-individuo. El Estado moderno es así planteado como un aparato de poder individualizante, que hace el inventario total de todos y de cada uno de los súbditos<sup>3</sup> para un control eficaz y un aumento de los beneficios provenientes del trabajo de los habitantes y de

la explotación de los lugares dominados. Vigilancia y gobierno comienzan a fundarse sobre una biopolítica, o sea una nueva relación entre saber y poder: censos, domicilio, numeración, *estadística* como ciencia del Estado y como mecanismo de observación y de conocimiento de la *población*. Nuevos saberes, conceptos y prácticas que forman un mismo movimiento con la *Aufklärung*, que no pueden comprenderse a la luz de una historia de las ideas aséptica; es decir, dispensada de la comprensión de movimientos sociales, económicos, políticos, filosóficos y científicos. Los dos últimos capítulos, sobre todo el último, permiten avanzar en esta reflexión para el caso específico de la Nueva Granada.

Herramientas conceptuales y hallazgos del capítulo seis, aplicados a un tema mencionado en la página XIV, permiten a la autora ver, por ejemplo, que la obligatoriedad del matrimonio católico obedece a una estrategia de lucha de los poderes públicos contra la unión libre, denunciada como comportamiento marginal, nómada, sin control. La campaña oficial emprendida en el siglo XVIII por un fomento del matrimonio católico y una condenación del amancebamiento, se leen como un mecanismo autoritario de formación de familias localizables en las mallas de poder de un Estado moderno, que asigna tareas biopolíticas al poder eclesial, convirtiéndolo en administrador de los cuerpos a través de la adscripción de los vecinos a una parroquia, asunto no solamente de fe o de devoción, sino también de sujeción social.

Pero la reflexión de la parte final del libro se puede aplicar también a una crítica de la concepción de "salud pública" que A. Alzate atribuye (págs. XVII y XVIII) a los discursos oficiales de Nueva Granada en los que se inscribe el pensamiento de Mutis. No se trata, como dice la autora, del surgimiento de un Estado garante de la salud de los habitantes, sino del surgimiento de un Estado que se preocupa por su propia salud y que intenta por ello vigilar la enfermedad de los habitantes:

no se trataba de garantizar la salud, sino de luchar contra la enfermedad y contra la posibilidad de que ésta se volviera colectiva, o sea epidémica. La atención estatal a la enfermedad se focalizaba solamente en la *epidemia* (entendida en el sentido medieval de 'peste' o 'plaga'), que ataca al cuerpo social en su conjunto y no a tal o cual individuo en particular. En este mismo sentido (pág. XVII), la *educación médica*, la *medicina del Estado*, el *médico como agente, por excelencia, de la salud*, son términos anacrónicos transportados por A. Alzate al siglo XVIII neogranadino, época en la que hubo una medicina pública de urgencia, propiciada sobre todo por las crueles epidemias de viruela, pero donde no existían las condiciones históricas para un proyecto de creación de un aparato sanitario estatal, que sólo surgió en Colombia un siglo más tarde.



Señalo un debate presente en los escritos de Mutis e ignorado por la historiografía porque él podía hallar su lugar en un estudio sobre Mutis higienista. En el estudio de A. Alzate nada hay sobre el problema del "chichismo". Se trata de un debate político-higienista en el que participó Mutis como vocero oficial de la autoridad virreinal, debate que permite "escuchar" voces que difícilmente se expresan en la documentación oficial colonial: las de los pobres e iletrados que hablan a través de las reacciones oficiales contra los licores de contrabando. La defensa mutisiana-oficial del aguardiente legal producido en alambi-



ques “modernos”, “de cobre”, permite ver el enfrentamiento entre dos concepciones del cuerpo y de la higiene, pero también entre oficios y técnicas divergentes, los unos forjados con la asesoría de discursos sabios, los otros herederos de tradiciones populares heredadas quizá de la época precolombina.

La antigua práctica de la historia de las ideas podía utilizar expresiones simplificadoras como “la química de la época” (pág. 41) para despachar de un plumazo la complejidad de discusiones, debates, discontinuidades que enfrentaban a varios científicos en un momento dado y que permitieron, por ejemplo, el surgimiento de la química moderna en la obra de Lavoisier. Mutis no pareció conocer directamente los escritos de Lavoisier, ni su ruptura contra la teoría del flogisto, aunque sí parece haber tenido acceso directo a Priestley. La comprensión mutisiana de las innovaciones de estos dos químicos, sobre todo en cuanto al “descubrimiento de los mecanismos de la combustión” (págs. 37-38) y a los de la respiración animal y vegetal, siguen siendo un misterio, pues el estudio de Alzate no permite saber si Mutis entendió o no el descubrimiento del “gas oxígeno” (nombre asignado por Lavoisier, en su nomenclatura moderna de los elementos, al “aire desflogisticado” de Priestley). A esta importante discusión de historia de las ciencias, lo único que aporta el trabajo de Alzate es que Mutis conoció a Lavoisier a través de Chaptal (pág. 41). La historiografía no había mostrado al vulgarizador Jean-Antoine Chaptal como fuente de Mutis. Pero este pequeño hallazgo se ve descompensado por un pie de página desafortunado (22, pág. 41) que dice que fue el químico francés Chaptal “quien introdujo en su país el sistema métrico decimal”, cuando es sabido que este sistema, base del sistema internacional actual, fue concebido en Francia por un equipo de científicos (entre ellos Lavoisier) que trabajó en él entre 1890 y 1899.

La publicación de este libro sería aún más importante si sus logros y sus defectos suscitaban debate. Has-

ta la página 42, se trata de un ejercicio de historia de las ideas; es decir, localizable en una vieja tendencia historiográfica. De la página 43 hasta el final, es un ejercicio lúcido de historia contemporánea sobre políticas de salud y demográficas del siglo XVIII neogranadino.

JORGE HUMBERTO  
MÁRQUEZ VALDERRAMA

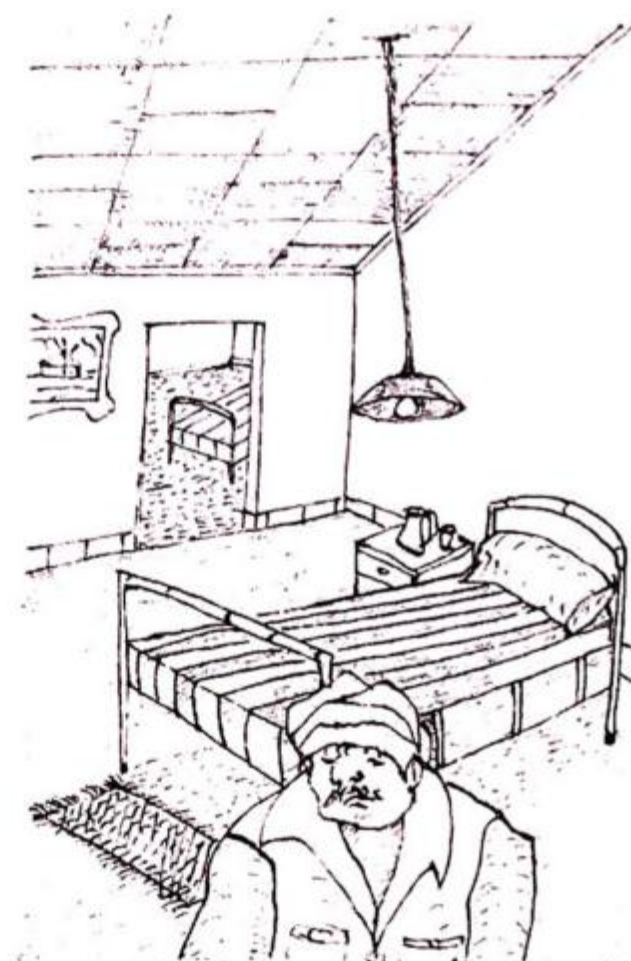
1. Prefiero hablar con Michel Foucault y Eduardo Subirats de *Aufklärung* y no de Ilustración, para evitar así las confusiones denunciadas por estos autores: M. Foucault, “Un cours inédit: qu’est ce que les Lumières?”, *Magazine Littéraire*, mayo de 1984, núm. 207, págs. 34-39 (hay traducción al español publicada por la Universidad Autónoma Latinoamericana, Medellín). E. Subirats, *La ilustración insuficiente*, Madrid, Taurus, 1981.
2. Immanuel Kant, *Was ist Aufklärung?*, 1783.
3. Michel Foucault, “Omnes et singulation, hacia una crítica de la razón política”.

## Leer: investigar; crear: fabular

Descubro, con el asombro del mucho tiempo transcurrido, cómo algunos de mis libros de ensayos se titulan *La alegría de leer* (1976) y *Leyendo América Latina* (1989). Como la recopilación de artículos dispersos que hice para la Biblioteca Ayacucho de Caracas del más universal de los críticos colombianos, Baldomero Sanín Cano, se llama *El oficio del lector* y como los tres tomos que editó el Instituto Caro y Cuervo con la más amplia recopilación de trabajos críticos sobre José Asunción Silva, que preparé, se titulan *Leyendo a Silva* (1994-1997) —el título por cierto, de uno de los más bellos poemas de Guillermo Valencia—.

Lecturas: relecturas. Siempre me veo a mí mismo, en la lejanía, con un libro entre las manos. Cuando niño los tomos verdes de *El tesoro de la juventud* o los tomos rojos del *Libro de nuestros hijos*. En alguno

de ellos, una punzante sed de aventuras que se encontraba ambientada en el exótico marco de una Granada árabe, con sus patios de piedra por donde corrían las acequias rumorosas de agua y por donde se asomaban, incitantes y descalzas, las sombras de las odaliscas.



Ya había allí dos elementos que se dan siempre en esa aventura que nunca concluye: la lectura. Son ellos el deseo y el viaje. El salirnos de nosotros mismos y el explorar otros mundos. El internarnos en lo desconocido y el descubrir otros cuerpos, de papel, de letras, de imágenes, de calor y frío, que debemos recorrer como quien palpa un mapamundi.

En una novela de Evelyn Waugh el protagonista abandona la monótona cárcel de su rutina, Londres, y huye hacia las selvas tropicales de Suramérica. Allí es capturado y retenido para siempre por otro inglés que perdido en esas junglas sólo ansía una cosa: que alguien le lea, en voz alta y para toda la eternidad, todas y cada una de las novelas de Charles Dickens. Así se castigarán las frivolidades y adulterios de aquel atolondrado. Por su parte, el náufrago en la selva sólo ansía volver a escuchar las palabras primordiales que oyó en la infancia. El condenado odiará a su verdugo pero terminará perdido en el deleite de la fábula que descifra para el otro y a la vez escucha para sí mis-